

LECCIONES DE SACRISTÁN PARA EL SIGLO XXI

SACRISTÁN'S LESSONS FOR THE 21ST CENTURY

Reseña de: SACRISTÁN LUZÓN, Manuel, *Filosofía y Metodología de las ciencias sociales* (II). Salvador López Arnal y José Sarrión Andaluz. (Eds), Barcelona: Editorial Montesinos, 2024, 618 págs.

ENRIQUE FELIP EXPÓSITO

Graduado en Humanidades

Máster Universitario en Estudios Avanzados de Filosofía. Universidad de Salamanca.

Universidad Carlos III de Madrid

Madrid/España

id00836564@usal.es

Recibida: 23/01/2025

Aceptada: 06/02/2025

En mayo de 2024, Salvador López Arnal y José Sarrión Andaluz publicaban el segundo tomo de *Filosofía y metodología de las ciencias sociales*, colección en la que editan una prolija selección de apuntes, notas y textos de diversa índole, todos ellos inéditos previamente, de Manuel Sacristán Luzón. Por mi parte, realizo esta breve reseña en el ocaso de ese mismo año 2024, consecuentemente en los albores del que marcará el inicio del segundo cuarto del siglo XXI. Así las cosas, es inevitable apreciar cierta justicia poética respecto del momento histórico en el que esta reseña se redacta, teniendo en cuenta que, en el año 2025, el cual se cieme inminentemente sobre nosotros, tiene lugar el centenario del nacimiento de Sacristán y se cumplen cuarenta años de su fallecimiento. Su defensa de la libertad política y la justicia social conllevó para nuestro autor, en primera instancia, la imposibilidad de continuar la labor académica que venía desarrollando en la Universidad de Barcelona, de la que fue apartado por motivos políticos hasta en dos ocasiones, primero en 1965 y más tarde en 1973. Sin embargo, la publicación de estos textos inéditos de Sacristán, gracias al trabajo de López Arnal y Sarrión Andaluz, constituye una

prueba evidente de que tales esfuerzos por reprimir los ideales, así como a las personas en las que estos toman cuerpo y entran en acción, resultan vanos en última instancia. Parece apropiado parafrasear, en este sentido, a Pablo Neruda: podrán cortar las flores, pero no deshacerse de la primavera; y así, Manuel Sacristán sigue ejerciendo como referente teórico y práctico a la hora de encarar las problemáticas más acuciantes del presente siglo, y sus escritos siguen siendo abono fértil para las generaciones que, desde su muerte en 1985, han ido germinando sucesivamente.

Por ejemplo, referente fue, y es, respecto de cuestiones tan complejas y actuales como la relativa a las relaciones existentes entre ciencia y política; en concreto, tal y como queda recogido en la obra reseñada¹, respecto de la plausibilidad de poder armonizar el ámbito científico-técnico con una “intención socialista clásica, quiere decir, al mismo tiempo, comunitaria y no autoritaria” (p. 113). Siendo Sacristán buen conocedor del quehacer científico y de su tradición histórica, así como una personalidad intelectual profundamente crítica con la imbricación productivista de ciencia, tecnología y capital, no podíamos esperar del mismo una respuesta sencilla y unilateral a dicha cuestión; así, el autor se desmarcaba explícitamente en sus reflexiones de ciertas corrientes teóricas de inspiración naturalista, divulgadoras de “una versión rosa del pasado de la humanidad”² (p. 108), a la par que reconocía que las dificultades teóricas no podían servir como excusa para bloquear la construcción de alternativas al modelo científico del productivismo capitalista, pues “en la práctica, hoy, ningún radicalismo naturista es excesivo tal como estamos” (p. 109).

Ante esta aparente encrucijada, Sacristán propone una relectura de la tradición que nos acerque a la comprensión de lo que la ciencia es, y, por tanto, de su significación como planteamiento o problemática epistemológica y ontológica. En primer lugar, siguiendo a Heidegger, habla de aquella como “algo caracterizado por servir al destino de disponibilidad segura del ente basado en la esencia de la técnica que es provocación y explotación del ente” (p. 103), caracterización que adquiere su verdadero relieve al constatar que “estamos finalmente percibiendo que lo peligroso, lo inquietante, lo problemático de la ciencia es precisamente su bondad epistemológica” (p. 106), de la que se deriva aquel poder humano a partir del cual disponibilizamos el entorno para con nuestra mano y voluntad, ya que

1 Primera sección, titulada “Metodología, filosofía de la ciencia y política de la ciencia, 1978-1979”, cuarto apartado, titulado “Reflexión sobre una política socialista de la ciencia”, en las páginas 97-135.

2 Es decir, un planteamiento “de la contradictoriedad de esa terrible dialéctica hombre-naturaleza” (p. 108) que absolutizase idealmente a la naturaleza como paraíso idílico, así como a las comunidades humanas agrarias del pasado como perfectamente imbricadas en dicha naturaleza bucólica, despreciando consecuentemente todas aquellas realidades y rasgos culturales emanados históricamente de la Modernidad, tales como la ciencia, en el sentido en que la entendemos hoy día. Según Sacristán, este posicionamiento ideológico conlleva dar “flanco a fáciles destrucciones por parte de todos los lacayos de las compañías eléctricas y de otras grandes industrias pesadas” (p. 109).

Si los físicos atómicos se hubieran equivocado todos, si fueran unos ideólogos pervertidos que no supieran pensar bien, no tendríamos hoy la preocupación que tenemos con la energía nuclear. Si los genetistas hubieran estado dando palos de ciego y hubieran estado obnubilados por prejuicios ideológicos, no estarían haciendo hoy las barbaridades de la ingeniería genética. Y así sucesivamente. (p. 106)

Virtud esta que, sin embargo, se convierte en vicio a través de su subordinación a la “excesividad biológica de la especie humana, una capacidad no simplemente social sino verdaderamente orgánica (...), de excederse en su relación con la naturaleza hasta el punto de autodestruirse” (p. 110). Vemos aquí resumida la terrible dialéctica de la ciencia como fundamento de la Modernidad, transformada a través de su propio despliegue histórico: desde su apariencia inmediata, como mirada inocente sobre una realidad objetiva independiente de lo humano, a medio de destrucción de las condiciones necesarias para el ámbito fundamental de toda objetivación, es decir, este mismo elemento humano. La más excelsa herramienta intelectual de la que nos habíamos dotado con el fin de asegurar nuestra existencia, en una especie de emulación prometeica ejercida hacia nosotros mismos, se revela como el mayor catalizador de nuestro impulso tanático, confirmando, tal vez, que el fuego del Olimpo no estaba hecho para ser propiedad de los mortales.

Sin embargo, más allá de la tónica general de pesimismo que alberga esta perspectiva, ya bien conocida por todos nosotros, Sacristán reivindica la necesidad imperiosa de buscar una forma novedosa de control humano sobre la maquinaria científico-técnica, ligada en la actualidad al productivismo ilimitado, con tan fatales consecuencias. En otras palabras, reivindica la necesidad de una “ética revolucionaria de la medida”³ (p. 115), respecto de la cual llega a encontrar antecedentes históricos en los propios orígenes del pensamiento científico moderno, justamente en “la tradición científica más denostada, más condenada y menos leída (...), es decir, Bacon, en *La Nueva Atlantis*” (p. 115), obra en la que se desarrolla la diferencia entre los experimentos fructíferos y lucíferos⁴, así como se establece la necesidad de ejercer un control racional de la investigación y sus productos. Por tanto, el autor defiende la necesidad, así como la plausibilidad, de una agencia histórica colectiva, surgida de

3 Sacristán siempre mantuvo que dicha política socialista de la ciencia, así como la aplicación de las medidas concretas que en ese sentido propone, solo podría tomar cuerpo una vez hubiese tenido lugar “un cambio de la naturaleza de clase del poder estatal (...), es decir, una revolución real, (...), no como ocupación gradual, por resbalamiento, de sectores de poder del Estado capitalista, sino como destrucción del Estado capitalista.” (p. 114). De ahí el obligado adjetivo de “revolucionaria” para la ética mesurada que propone.

4 “...ha explicado que hay dos clases de experimentos, los fructíferos, que no importan mucho una vez que se supera las necesidades elementales, y los lucíferos, con un gracioso filosófico-teológico chiste satánico, que esos sí son los que importan porque traen luz, como la palabra lo indica, aunque no sirvan para nada, aunque no sean fructíferos.” (p. 115).

...un denominador común, que es la transformación de la vida cotidiana y de la conciencia de la vida cotidiana. Un sujeto que no sea opresor de la mujer, ni violento culturalmente, ni destructor de la naturaleza, no nos engañemos, es un individuo que tiene que haber sufrido un cambio importante (...), una conversión. (p. 111)

Requisito imprescindible a la hora de trazar

...un cambio radical de tecnología, [que] es un cambio de modo de producción y, por tanto, de consumo, es decir, una revolución; y que por primera vez en la historia que conocemos hay que promover ese cambio tecnológico revolucionario consciente e intencionadamente. (p. 7)

Esta reflexión de Sacristán, en torno a la posible relación entre ciencia y política socialista, no es sino un ejemplo escogido por el autor de la presente reseña, entre todos los disponibles en la obra que es objeto de la misma, de ciertas formas del discursar intelectual de aquella figura preeminente, si no del pensamiento contemporáneo español en su conjunto, como mínimo de su corriente específicamente marxista.

Como puede apreciarse, he decidido centrar mi presentación del libro reseñado, así como del propio Manuel Sacristán, en la exposición de las palabras del mismo autor, quizá pecando por exceso en ciertos momentos. A pesar de ello, mantengo mi decisión de plagar de citas constantes la presente reseña, brotando en ella como setas en un campo húmedo, pues es a través de las palabras que conocemos el pensamiento; en particular, son las palabras usadas por una persona las que constituyen, en primera instancia, el medio a través del cual alcanzamos a entender, al menos parcialmente, a dicha personalidad; es decir, las que transforman un alguien en una identidad. Y es que, justamente, lo que constituye la esencia de esta obra, *Filosofía y metodología de las ciencias sociales*, a pesar de lo aparentemente aséptico del título, es la íntima comunión entre quien lo lee y el autor de las notas, programas docentes, conferencias y diversos textos que encontramos recogidos en este libro; y ello, naturalmente, gracias al trabajo de selección, así como de complementación a través de valiosas notas adicionales, que han realizado López Arnal y Sarrión Andaluz.

Intimidad lograda, decíamos, gracias a la palabra, que se presenta, en el caso de Sacristán, de forma clara y concisa, humilde a la par que dedicada a cuestiones de la mayor sutileza intelectual, y, sobre todo, eminentemente honesta, o al menos así se lo ha parecido a este lector, desconocedor de multitud de las aristas que componen la polifacética personalidad del autor, previamente a la llegada a mis manos de la obra aquí tratada. Dicha cercanía, a su vez, puede ser fructíferamente explotada por perfiles e intereses muy diversos: desde personas que quieren conocer algo más de Sacristán, ya sea con fines académicos, políticos o personales, a través de la lectura de las transcripciones de conferencias o de los textos más sustanciales aquí recogidos; hasta personal investigador, cuyos intereses se centren o linden con

aspectos tales como, por ejemplo, la labor que el autor desempeñó como docente universitario, a través de la revisión de los materiales y documentación que pueden encontrarse en estas páginas. Por tanto, y a modo de conclusión, son estos dos aspectos de la obra reseñada, relativos, por un lado, a la perspectiva privilegiada que otorga a la hora de perfilar la figura intelectual de Manuel Sacristán Luzón, y, por el otro, a la multiplicidad de intereses que puede recoger dicha exposición del autor a través de sus mismos textos inéditos, las dos principales virtudes que aquella alberga.